

(Traducción en español)

Roma, 1961

El “Recreador”¹

La finalidad del arte es un poco oscura, casi misteriosa, quizás simplemente desconocida; ciertamente no emplea sólo el raciocinio.

De todas formas, el arte, al igual que la ciencia, ha producido siempre sus manifestaciones, más o menos bellas, porque la fantasía, que es su madre y generatriz, es un talento y una dote magnífica del hombre, como la memoria, la afectividad, el raciocinio; y también ella ha florecido en obras, en «obras de arte», incluso espontáneamente.

El artista verdadero es un grande. Todos lo dicen, aunque son pocos los críticos de arte; pero en todos se da la admiración y el atractivo por «lo bello».

Este artista se aproxima, en cierto modo, al Creador.

El verdadero artista posee su técnica casi inconscientemente, y se sirve de los colores, de las notas, de la piedra, como nosotros nos servimos de las piernas para caminar.

El punto de concentración del artista está en su alma, donde contempla una impresión, una idea, que el quiere expresar fuera de sí.

Por eso, con las infinitas limitaciones de su pequeñez de hombre en comparación con Dios y, por tanto, con la infinita diversidad de las dos cosas «creadas» (valga la palabra), el artista es, en cierto modo, uno que re-crea, crea nuevamente; y una verdadera «recreación» para el hombre podrían ser las obras maestras del arte que otros hombres han producido. Por desgracia, por falta de verdaderos artistas, el hombre se recrea sobre todo en fantasías vacías, de cine, teatro, variedades, donde a menudo el arte ocupa poco sitio.

El artista verdadero nos da, en cierto modo, con sus obras maestras, que son como juguetes frente a la naturaleza, obra maestra de Dios, el sentido de quien es Dios y nos hace descubrir en la naturaleza la huella trinitaria del Creador: la materia, la ley que la informa como un evangelio de la naturaleza, y la vida, que es casi consecuencia de la unidad de las dos primeras. El conjunto, además, es algo que al continuar «viviendo» ofrece la imagen de la unidad de Dios, del Dios de los vivos.

Las obras de los grandes artistas no mueren, y aquí está el termómetro de su grandeza, porque la idea del artista se ha expresado, en cierto modo, perfectamente en la tela o en la piedra, componiendo algo vivo.

Hoy la gente se lamenta de que hay pocos grandes artistas. El motivo quitas este en que en el mundo hay pocos grandes hombres. No se puede dejar jugar en un momento dado a la fantasía, separada del resto que hay en el hombre; no sería entonces una dote, porque caería en la vanidad.

Y no se puede considerar al hombre como no es, sino como es: un ser sociable.

Por tanto, no se tendrá nunca un arte grande y universal, si no lo hace un artista que ame a los demás hombres y, en primer lugar, a Dios.

Habrán artistas a quienes esto prácticamente no les interese, y sus trabajos, en cierto modo, gustan a algunos. El tener el favor y el aplauso de un grupo de gente ya es una cosa buena y denota que posee alguna dote natural. Al artista le convendría quizás escuchar también las críticas de otros con mentalidad y corazón amplios e intentar poner remedio haciéndoles caso.

Así su arte llegaría a ser más expresión del hombre que de un hombre.

¹ Publicado en *Escritos Espirituales/1* El atractivo de nuestro tiempo, Ciudad Nueva, pág. 196-198.

No desperdiciaría ni usaría mal el tiempo y los talentos, y no se alimentaría de una pequeña gloria pasajera, sino que, incluso después de su muerte, podría prestar un servicio perfecto (en la medida de lo posible) al hombre, y glorificar a Dios ayudando a descubrir, con sus obras maestras, las infinitas bellezas de la obra maestra de Dios: *la creación, de la cual, verdaderamente, una de las más hermosas obras es el alma de un grande y verdadero artista.*